

Una Historia de las literaturas en México

Esther Martínez Luna, coordinadora

Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850).

Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales.

México: UNAM, 2018. xxxvi + 508 pp. (Historia de las literaturas en México. Siglo XIX).

En el año de 2014, la Universidad Nacional Autónoma de México inició un magno proyecto dedicado a elaborar una Historia de la literatura de nuestro país. La intrépida aventura ha empezado a dar sus frutos. A fines del año pasado apareció el volumen sobre la primera mitad del siglo XIX mexicano. Como puede notarse líneas arriba, el título de la obra indica, de entrada, la diversidad temática de la propuesta y el interés por rebasar en lo posible las historias literarias publicadas con anterioridad a lo largo de los años. Llama la atención, por supuesto, que se refieran a una Historia de las literaturas, en plural, y no a una sola historia. Es cierto, sin embargo, que la amplia producción a lo largo y ancho de la república conlleva a trazar caminos de reflexión, en cuanto a historia literaria, no conservadores ni cerrados, e implícitamente, hablar de “Historia de las literaturas”, lo que sin duda es lo más correcto. En ese sentido, en la presentación de la coordinadora general del proyecto, Mónica Quijano Velasco, queda clara la metodología y los aspectos teóricos considerados para justificar el armado total de los seis volúmenes sobre el siglo XIX, XX y XXI que se publicarán. Se trata de “realizar una historia que propone organizar de forma narrativa, en un tiempo y un espacio determinados, distintas y heterogéneas manifestaciones, vinculadas todas con el campo literario que, a lo largo de dos siglos (y el inicio de un tercero), han conformado la producción literaria de lo que hoy llamamos México” (xxv). No hay una idea unificada de una “literatura nacional” tan en boga en otros momentos. Ahí, en ese punto, es donde resulta interesante la propuesta; más, si se agregan otros aspectos considerados en la redacción de esta Historia y señalados por Quijano: la idea de literatura como proceso, las nociones de sociabilidad intelectual y de campo literario, y con ello las líneas de organización de cada uno de los volúmenes y la escritura de cada capítulo en la que no se pierden de vista los elementos clave de la riqueza conceptual de esta Historia de las literaturas, me refiero a los actores que intervienen “en la elaboración, circulación y recepción de los discursos literarios” (xxix), a la materialidad “de las producciones literarias y los soportes

a través de los cuales éstas circulan y son leídas” (xxx), y a la red de relaciones que esos actores establecen (por ejemplo, los llamados grupos literarios). En lo expuesto se destaca la multiplicidad de la obra total y sobre todo la diversidad: “en algunos volúmenes se hace énfasis en los procesos literarios y las redes de sociabilización intelectual, y en otros se consideran algunas figuras centrales como ejes para reflexionar sobre un período o una generación, algunos capítulos se organizan en torno a géneros literarios específicos y, otros más, se construyen alrededor de proyectos editoriales y revistas” (xxxi). Es claro que, y también se indica aquí, cada volumen “tiene la impronta particular de sus coordinadores” (xxxi).

Es con ese modelo que aparece *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850)*..., coordinado por Esther Martínez Luna, quien sigue los criterios expuestos por Quijano. La “Introducción” de Martínez Luna es clara en cuanto al objetivo del libro: “en los estudios que en estas páginas están reunidos se ha pretendido [...] explicar y dar a los lectores herramientas que permitan una mejor comprensión de los repertorios discursivos que tuvieron su auge durante la primera mitad del siglo xix y mostrar su relación con los procesos históricos en que estuvieron inmersos” (5). En esa línea, se destaca la idea de cómo los actores ilustrados vieron en los impresos la posibilidad para expresarse y divulgar el conocimiento, la importancia de las agrupaciones y las revistas literarias, el peso que tuvo la búsqueda y la construcción de la identidad nacional, y el efecto de la tradición clásica en gran parte de los autores. Las diez y ocho colaboraciones sumergen al lector en los aspectos de, entre otros, la censura, las casas editoriales, las imprentas, los bibliógrafos, las traducciones. En la “Introducción”, la coordinadora del volumen es contundente: “Esta historia ha abandonado la idea de llegar a una versión definitiva de los acontecimientos sobre el pasado literario [...] esta historia ha puesto especial énfasis en el sustrato social y los mecanismos simbólicos por medio de los cuales el sujeto [...] percibe su mundo, le otorga sentido impersonal, y, al hacerlo, practica aquello que convencionalmente llamamos literatura” (16).

A parte de la “Introducción”, la “Cronología”, el “Índice onomástico” y las “Fichas técnicas de imágenes”, la obra está dividida en seis apartados temáticos: “Los orígenes de la era mediática”, “Editores, impresos y agrupaciones”, “Modelo de sociabilidad y formación del público lector”, “Géneros literarios”, “Herencia clásica” y “Discusión”. El primer apartado es el único en el que sólo aparece una colaboración y es la más larga de todas; escrita por Laurence Coudart, “Los orígenes de la era mediática: la prensa periódica” es un viaje que establece desde

las primeras páginas la función social de la prensa periódica, su funcionalidad como herramienta de divulgación, difusión y de promoción, y lo más relevante, cómo desde sus orígenes “la legislación mexicana no concibe la libertad de prensa sin restricciones impuestas por el Estado” (23). El recorrido pasa por *El Diario Literario de México*, pero establece dos cortes temporales básicos (1768-1821 / 1822-1855) que permiten obtener una mejor perspectiva del corpus periodístico de esa primera mitad del siglo XIX, las interrelaciones prensa-estado y los mecanismos de convivencia entre las varias posiciones políticas de la prensa y las revistas literarias que surgieron. Es claro que este estudio es fundamental para tener una visión de conjunto del período desde la prensa del momento y tener así una base sobre la que se desliza el resto de las aportaciones.

La aportación temática de todo el libro es atrayente. Lo mismo encontramos reflexiones sobre la literatura prohibida por la inquisición, que sobre la imprenta, los editores, la literatura infantil, la poesía, la novela corta, la crónica, la oralidad, entre otros. Igual, las referencias y estudios específicos sobre Eguirra y Eguren, Guillermo Prieto, Manuel Payno o Fernández de Lizardi amplían el abanico de posibilidades en cuanto a la lectura. La extensión de la obra en cuanto a los temas y los puntos de vista de los colaboradores permite seleccionar el tipo de lectura que queremos hacer de este cualitativo libro. La manera en que se presenta permite leer de corrido o por secciones, e incluso de los títulos particulares elegir el que más interese: de “La cultura impresa mexicana como formación literaria: de bibliógrafos, historiadores, editores y literatos ilustrados (1835-1850), de Pablo Mora, a “La otra cara de la literatura mexicana. Risas en la primera mitad del siglo XIX”, de Martha Elena Munguía Zatarain, o de “La patria de mis viajes: México en el imaginario de los primeros viajeros”, de César Eduardo Cañedo, a “La traducción de los clásicos grecolatinos”, de José Quiñones Melgoza, por citar algunos ejemplos. Esa apertura selectiva permite pensar en un público lector más amplio que sólo el especialista. Además, todos los textos están escritos con un afán comunicativo y con una solidez bibliográfica loable, dado el rigor académico de las aportaciones. Cada uno de los estudios presenta la “Bibliografía” utilizada a lo largo de la argumentación y viene acompañado de una parte sustanciosa, “Para profundizar en el tema”, cuyas referencias auxilian al lector en caso de mostrar un mayor interés por lo leído. En ese sentido, la información coloca a toda la obra en su justo medio: se trata, en efecto, de llegar al mayor público lector posible desde las más recientes herramientas de análisis de la cultura, las humanidades y por ende de la literatura.

El siglo XIX mexicano, lo sabemos, es de suyo complejo y en ese aspecto radica su atracción para algunos o su rechazo para otros. No obstante, la larga bibliografía histórica y literaria sobre el período da cuenta de la atracción que suscita esa etapa fundamental en la comprensión de los fenómenos culturales, sociales, históricos, políticos de México. En el ámbito de la reflexión crítica, la historia literaria, las antologías, las obras de José Luis Martínez (*La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, 1955), de José Emilio Pacheco (*La poesía mexicana del siglo XIX*, 1965), de Ángel Muñoz Fernández (*Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, 1995), de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (*La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 2005), por mencionar algunos de los trabajos esenciales, demuestran un bagaje que se mantiene hasta ahora. El volumen coordinado por Esther Martínez Luna así lo revela: es una propuesta para conocer y reconocer desde nuestro presente la relevancia de esa primera mitad del siglo diecinueve, siempre sugerente y atractiva.

Miguel G. Rodríguez Lozano

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM